

LOS EXTEMPORANEOS

LOS que estiman que el movimiento estudiantil es el equivalente de un mayo francés suelen añadir un cálculo matemático: son los diez o doce años de retraso que llevamos con Europa. Es una opinión respetable. Si se sigue, calcularemos que pronto vendrá la caída de De Gaulle y el ascenso de Pompidou, para llegar después a Giscard. Pero a Giscard ya hemos llegado, y es Suárez. Los tiempos son confusos en España, y el contemporáneo no sabe bien en qué época vive. Tampoco hay ninguna seguridad de que el camino vaya hacia adelante o al revés. Bien podría ser que, pasando la película histórica al contrario, hayamos alcanzado el mayo francés y sigamos hacia atrás. No hay nada que abone el optimismo de que aquí se progresa: bien puede ser que se regrese y nos encontremos cualquier día con la OAS.

Si se continúa por la vía del pesimismo se puede también creer que España no va con diez o doce años de retraso respecto a Francia, o a Europa, sino con un considerable adelanto. Podría ocurrir que lo que está pasando aquí es un modelo de lo que va a pasar con el mundo occidental. Es una teoría franquista que se emitió muchas veces durante su tiempo: la de que España se adelanta políticamente a Occidente. Entonces daba risa; ahora, viendo un poco Europa, es como para empezar a preocuparse.

Hay otra manera más sencilla de considerar las cosas, y es en sí mismas y en su concepto. Pero la sencillez es, como su propio nombre indica, sencilla; incluso demasiado sencilla, y el contemporáneo ama complicar las cosas, y sobre todo entregarse a una investigación de paternidades. Sería interesante saber que lo que les pasa a los estudiantes españoles de hoy es que los centros de enseñanza, de arriba a abajo, no funcionan, y que el estatuto de centros va a hacer que funcionen peor, y que funcionen para menos y que sean más caros. Y que no encuentran donde injertarse en la sociedad española; o que la sociedad española no sabe qué hacer con ellos. Pero pensar así no corresponde a los esquemas preestablecidos, a los consensos grandes o pequeños, a los programas previstos y a la minuciosa organización del caos a la que estamos asistiendo.

Pensar en contemporáneo es bastante difícil. Es, sobre todo, desagradable. Hay que pensar siempre como si uno estuviera en una época y los demás en otra; eso permite aplicar las soluciones o esperar las salidas que se producen en otros tiempos. Incluso los más avisados quieren aplicarlas. El único problema es que no sirven. Pero muchas veces eso no importa: en un país de teóricos, lo que importa es hallar una solución teórica, una hipótesis afirmada y asegurada. Si no sirve, como no ha de servir, para resolver el problema, la culpa se le echará al problema, a las víctimas del problema. Se les querrá desplazar de su actualidad; serán ellos los extemporáneos. ■

POZUELO

Los
Contem-
porá-
neos

ANDALUCÍA

liente. A Alegría la quitó de en medio para que no sufriera mi padre. Y no la vio. Yo estaba en la otra parte de la casa. Y me estaba preguntando qué era eso, que por qué estaba aquí toda esa gente".

"Era el día de mi santo"

María de los Angeles, seis años entonces, tiene grabado el recuerdo de cuando su padre "salía por la cancelita aquella... Cuando se volvió y estuvo hablando con aquellos hombres, a los que les dijo: 'Es la primera vez en mi vida que soy corregido y detenido'. Mira, algo que no me ha quitado de la mente, que recuerdo mucho, son los gorros de Falange, que tenían una borla y se movía, ¿sabes? Parece que estoy viendo el gorro del sargento Crespo. ¡Cómo se me quedó grabado aquello!".

"Me acuerdo de la llegada de aquellos hombres y de mi asombro. Porque era el día de mi santo. Momentos antes yo había estado hablando con mi padre, que estaba acostado. Me dijo que cogiera los dulces, que cogiera el análisis...".

"Algo que yo he pensado mucho es en la profesionalidad de mi padre, que hasta cuando se lo llevaban y que ya sabía él para lo que era, de lo primero que se acordó fue de advertirle a los que lo detuvieron, que con sus papeles hicieran lo que quisieran, pero que pedía el máximo respeto para el protocolo de la Notaría. Un notario del Colegio de Sevilla me decía el otro día que era un orgullo para ellos el que mi padre se hubiera acordado de la profesión en aquellas circunstancias. Pero, mira, de todo, de todo, lo que tengo grabado es el gorro del sargento Crespo".

—A pesar de todo —dice Luisa—, Crespo no se portó todo lo mal... Porque le dijo a mi madre: "Señora, usted es sobrina de don Pedro Parías, ¿no?".

—Que era el gobernador de Sevilla.

—Sí. Y entonces, Crespo le aconsejó a mi madre: "Mire usted, yo voy a hacer tiempo para que llegue usted a Sevilla antes que yo". Por eso digo que Crespo no se portó... Y mi padre le contestó: "Mi mujer no tiene que ir a ver a nadie". "Señora, usted vaya —le insistió Crespo— a ver a su tío, que yo sé la gravedad de las órdenes que tengo que cumplir". Porque la orden era que lo matara en la carretera, que le aplicara la Ley de Fugas. Esa era la orden que Crespo traía. Mi madre pidió a Coria un taxi por teléfono. Y efectivamente, Crespo fue deteniendo el coche y dio tiempo a que mi madre llegara antes que él. O sea, que dentro de... Después, al cabo de muchos

años, mi madre lo vio un día antes de morir, en la calle del Vidrio. Le dijo al dueño del establecimiento. "Ese que está ahí es Crespo, ¿no?". "Sí, señora". "Pues dígame usted que soy la viuda de Blas Infante. Que salga". Y Crespo dijo que no salga. ¡Cómo estaría el hombre!

En todos los sitios hay barrancos

"Mi madre fue todos los días a llevarle la comida al cine Jáuregui. Pero no consiguió verle. Leal Calderí estuvo con mi padre y de él se despidió. El pobre Leal se quedó de recuerdo con la almohada de mi padre. Cuando murió Leal, en el velatorio, la familia nos dijo: "Pepe conservaba siempre como una reliquia la almohada". A mi madre le dieron la colchoneta. Antes, él le había mandado el reloj, la pluma y la sortija. Cuando le entregaron la colchoneta fue para mi madre un mazazo. El mismo día que se llevaron a mi padre, mataron a un hombre por esos barrancos, y tenía levantarse no fuera él. Era un pobre hombre de La Puebla, el primero que mataron en el barranco.

—En todos los sitios hay barrancos...

—Como el de Viznar... Mi madre estaba aferrada a que no lo habían matado, porque decía que nadie lo había visto. Unos les decían que lo habían matado en un sitio; otros, que en otro; hasta que le dijeron lo del kilómetro cuatro de la carretera de Carmona.

Madrugada del 10 al 11 de agosto de 1936. Ni las balas asesinas le impedirán gritar dos veces en el kilómetro 4 de la carretera Sevilla-Carmona: "¡Viva Andalucía libre!". He bajado de la colina al río, a cruzar el Guadalquivir en la barca de los campesinos. De este lugar, recuerda María de los Angeles: "Un día, Curro, que se llamaba mi marido, vino a contarme lo que le había pasado con mi hijo Alejandro y un viejo trabajador que encontraron en la barca: 'Niño, ¿tú eres nieto de don Blas?', le preguntó al chiquillo. 'Pues cuando seas mayor, hijo, con que tengas una mijaja del estilo que él tenía, te sobraré'. Corre manso el Guadalquivir por la noche de Coria.

Enero de 1933: Seisdedos, Casa Viejas. Agosto de 1936: Blas Infante, García Lorca... Kilómetro 4, carretera Sevilla-Carmona, Viznar... Agosto de 1976: "Pan, T...". Almería, la pintada reprimida por otra bala. Francisco Javier Verdejo. Cuatro de diciembre de 1977. Día de Andalucía en Málaga: el turno de José Manuel García Caparrós. Cuánta sangre en este camino... Hasta que el rosal de Seisdedos vuelva a florecer con rosas blancas. ■ A. R. E. [Fotos del autor.]